

reino de los cielos, no á los que dijese: Señor, Señor, sino á los que hiciesen la voluntad del Padre celestial, encarga á sus discípulos en el presente Evangelio, que se hagan grandes, ejecutando al mismo tiempo que instruyendo (1). Tal fué san Agustín: él habia brillado en el templo como el fuego de Nehemías; pero este fuego por su propia eficacia llegó á consolidarse, á petrificarse, á reducirse á sal, no á sal de estatua, tan inútil como la mujer de Lot, sino á sal de la tierra activa, vigorosa, modelo de toda santidad: *vos estis sal terræ*.

Para observarlo yo, no os representaré á Agustino tal como fué en su juventud, vano, soberbio, disoluto, entregado á todo género de iniquidad, insensible á los consejos de sus amigos, á la predicación de san Ambrosio, á las exhortaciones de su madre; ó luchando consigo mismo para romper sus infames cadenas, ó en fin, como se explica el santo Job, volviendo muchas veces como el perro á su mismo vómito: baste decir, que su corazón padeció los mismos desarreglos que su espíritu; pero que logró por último el mismo desengaño. Eficaces lágrimas de Mónica, ¿qué parte no tuvisteis en su conversión? Vosotras resucitasteis á un muerto, como las de la viuda de Naín, ó por mejor decir; á un cadáver que ya hedía, como las de Marta y Magdalena.

El ángel que derribó á Saulo de su caballo, dió un día á Agustino otro golpe con el mismo ímpetu, y con una voz perceptible le dijo: toma y lee: *tolle, lege*. Hablaba de un libro, en que la Providencia por el ministerio de san Pablo, le habia escrito su propio juicio. Leamos con él, mis hermanos, quizá no tenemos ménos necesidad de que Dios nos dirija las mismas palabras. No es en el desarreglo de comida y bebida, ni en los deleites de la carne en lo que debe ocuparse un cristiano: él debe vivir de la vida y de la gracia de Jesucristo. Desde este momento ¡qué mudanza! Parece que el espíritu de Pablo ha pasado de repente á Agustino: el Doctor sigue en todo al Apóstol, y el que habia sido fiel imitador de sus vicios, empieza á serlo de sus virtudes. Desde ahora vamos á contemplarle, sin perder de vista las cualidades principales de esta sal misteriosa que nos presenta el Evangelio. Liquidarse, recobrar su figura, conservar los cuerpos, ved aquí unos símbolos propios para re-

(1) *Matth. c. 5. v. 19.*

presentarnos su penitencia, su piedad, su caridad. Paréceme que comprenderéis bien la santidad ejemplar de Agustino en todos estados, si le considerais el cristiano mas penitente, el sacerdote mas fervoroso, el obispo mas caritativo.

Deshacerse en los líquidos, ved aquí la primera cualidad de la sal, que nos representa la penitencia de san Agustín, esto es, la mortificación de sus sentidos, la aflicción de su corazón, la humildad de su espíritu.

¡Cómo pudiera yo representárosle despues de esta mudanza, que produjo en él la soberana diestra del Excelso, retirado como Abrahán de su casa y de sus parientes, y conducido, como el Redentor, por un impulso de su espíritu al desierto, para prepararse por espacio de diez meses al sagrado bautismo! Allí le veríais crucificar su carne con sus concupiscencias, como el Apóstol: castigar su cuerpo, y reducirlo á servidumbre, hasta llevar en él las llagas de nuestro Señor Jesucristo: reclinarse en la dura tierra unos miembros acostumbrados á dormir en el seno de las delicias: no tomar por sustento sino lo que no podia negarse sin pecado: hacer como Job un pacto con sus ojos, de no fijarse jamás sobre las vírgenes: prohibirse hasta la divina armonía de los Salmos, solo porque recreaba algun poco sus oídos; en fin ser un enemigo irreconciliable de todo lo que no era el sacrificio de sus sentidos.

De su corazón hacia igual víctima. ¡Qué dolor no le atravesaba sin cesar por su vida pasada! Él recorria continuamente, como David, todos sus años con la amargura de su alma, pidiendo al Señor que olvidase las ignorancias y los delitos de su juventud. Abrid el libro de sus *Confesiones*, y veréis que sus palabras son otros tantos torrentes de lágrimas con que él procuraba lavarlos. ¡Qué léjos estaba Agustino de ese pudor sacrilego, tan frecuente en el tribunal de la penitencia, que hace callar ó disimular los pecados! Él, bien léjos de disimularlos ó de callarlos, procuró escribir hasta sus iniquidades mas ocultas, hasta sus mas lijeros defectos, y halló en su pluma siempre elocuente, el medio para inmortalizar su iniquidad, y exponerla á la confusión de todo el universo: penitencia de que no hay ejemplo en todos los fastos de la Iglesia,

Su espíritu no era ménos penitente, porque no habia sido ménos criminal; la soberbia de la vida habia sido el principio de su corrupción; la humildad cristiana es el funda-

mento de su virtud. ¡Qué concepto tan vil se habia formado de sí mismo! Yo soy un vil gusano de la tierra, mas bien que un hombre, decia con un profeta: toda mi sustancia no es sino nada delante de vos. ¡Qué prodigio era ver al hombre mas sabio, creerse el mas expuesto al error! Ya sabéis lo que cuesta sacar de la boca de un hombre esta humilde confesion: yo erré, padecí equívoco, en esto me he engañado, en esto otro me condeno á mí mismo: sin embargo, ved aquí el estilo de san Agustín en el libro de sus *Retractaciones*: él escribió los errores de su entendimiento, como habia escrito los deslices de su voluntad. Así es el espíritu mas humillado, el corazón mas contrito, la carne mas mortificada: todo está en él sacrificado á la penitencia, porque todo le habia servido para el pecado.

¡Qué modelo, Señor, para vuestra Iglesia, donde hay tantos que entregan su cuerpo á la prostitucion, su corazón al impulso de las pasiones, y su espíritu á la vanidad! Presentádes á Agustino: no dejéis mas tiempo un ejemplo tan grande en la oscuridad de la vida privada; colocádlo sobre el candelero para que ilumine á todos los que habitan vuestra casa. Hacéd que el que ha enseñado la penitencia entre los legos, enseñe la piedad entre los clérigos, y que esta misteriosa sal, que se deshace en medio del pueblo, recobre su figura angular al calor del santuario. Quizá, mis hermanos, no habéis notado esta rara propiedad de la sal, que por deshecha que esté en los líquidos, disipada toda su humedad por los rayos del sol, ó por el calor del fuego, cada parte de ella, por pequeña que sea, observa la figura de un perfecto cuadrado, con que nos representa la perfeccion de san Agustín elevado al sacerdocio.

¡Qué gloria es verle rehusar con todas sus fuerzas un ministerio, para el cual quizá no habia en el mundo hombre mas digno! Sabia muy bien lo que dice el Apóstol, que ninguno debe tomar para sí este honor, sino el que es llamado á él sin diligencia suya, como Aaron. Así inmediatamente que le obligaron á tomarlo, se dedicó á cumplir las funciones, que el Espíritu santo señala: *fungi sacerdotio*, empezó á ejercitar el sacerdocio; quiere decir, no vino al templo á tener, como los hijos de Elí, una vida perezosa y criminal, ni, como el codicioso Eliodoro, á buscar sus propios intereses, sino á ayudar á su obispo en las tremendas funciones de su cuidado pastoral; á abrir las puertas del santuario á los dignos, y cerrarlas á los in-

dignos; á dispensar el santo Pan eucarístico, no á los perros, que se vuelven contra el sabio dispensador, sino á los que conocen el precio de esta inestimable margarita; en fin á repartir cotidianamente el pan de la divina palabra á todos los fieles, de lo cual han llegado hasta nosotros tantos y tan preciosos fragmentos.

Tan vastas ocupaciones jamas le impidieron cantar las divinas alabanzas en nombre suyo y de su pueblo. Él salia frecuentemente de la ciudad, como los israelitas de Babilonia, para aumentar los rios con la abundancia de sus lágrimas, suspirando por su querida Sion, su inocencia perdida. ¡Cuántas veces con el espíritu que el Señor ponía en su boca, imitó la grandilocuencia de los Salmos! Leéd atentamente el libro de sus *Soliloquios*, y veréis el digno tributo de alabanzas, que su lengua pagaba al Dios de las misericordias.

Sobre todo él ofreció al Altísimo un incienso digno en olor de suavidad. ¿Y qué incienso hay mas digno del Señor, que su santo amor, este fuego divino que su Unigénito vino á encender á la tierra, y que no desea sino que se encienda? Ah! ¡qué llama tan fervorosa ardía siempre en el corazón de Agustino! Su principal delito habia consistido en amar excesivamente á la criatura; así su virtud consistió (si me es permitido hablar así) en amar con un santo exceso al Criador. Ó mi Dios! decia, la inquietud de mi corazón en todas las cosas me enseñaba que él era criado para vos. Qué tarde te amé, Señor! exclamaba bañado en lágrimas. Yo no necesito que me amenacéis con las penas del infierno, si no os amo: ¿qué mayor infierno podia haber para mí, que el no amaros? Vos sabéis que os amo ciertamente, y que si Agustino fuera Dios, él dejaria de serlo, porque vos lo fuereis. De estos fervorosos sentimientos están llenas, no solo sus *Meditaciones*, sino todas sus obras. Sacerdote grande segun el orden de Melquisedec, que ejercita mas que todo su sacerdocio, que da al Señor las mas frecuentes alabanzas, y le ofrece el incienso mas digno de él en olor de suavidad: *fungi sacerdotio, et habere laudem... in nomine ejus..., offerre sacrificium Deo, incensum et bonum odorem* (1). Siempre fué parecido á la sal, que recobra su figura perfecta, disipada toda su humedad; pero que tambien conserva los cuerpos y los preserva de toda

(1) *Eccli. c. 45. v. 19.*

corrupcion: esta tercera propiedad nos representa la caridad de san Agustin con sus prójimos.

Démonos priesa á contemplarle elevado á la dignidad de obispo, en donde la Providencia le coloca, como una ciudad puesta sobre un monte, para que vean todos sus buenas obras, y glorifiquen al Padre celestial. Él huía de todos los lugares, donde la silla episcopal estaba vacante; pero los honores son semejantes á nuestra sombra, que aunque huye de nosotros, cuando la buscamos, nos sigue siempre, cuando la huimos: tal fué para Agustino el obispado de Hipona. Sin embargo ya obligado á aceptarlo, hizo brillar todas las cualidades que forman un completo pastor. Qué desinterés! qué misericordia! qué celo!

Interesado solamente para los tesoros del cielo, jamas queria juntar tesoros en la tierra. Sabia muy bien que un obispo no puede llamar suyo lo que es el patrimonio de los pobres, el fruto de la devocion y el precio de los pecados del pueblo. Así no consumia los bienes de la Iglesia en el fausto y en la glotonería: el manjar mas abundante de su mesa era la leccion de las divinas Escrituras; sus platos eran la sobriedad, la simplicidad y la templanza; sus virtudes eran su único equipaje á donde quiera que iba: la modestia caminaba siempre delante de él; y de ordinario le acompañaba la entereza, con que rehusaba las dádivas ofrecidas á su persona ó á su iglesia, cuando no las dictaba la equidad. Buscád á otro que á Agustino, decia, para recibir vuestros dones: en fin la pobreza y el desinterés del ministro eran las únicas señales de su ministerio.

Misericordioso con sus hermanos, atendia primero á los templos vivos del Señor, que á los materiales, que solo son su imágen; así vendia los vasos sagrados para socorrer á los pobres. Creía que los sacerdotes son de oro, cuando los cálices son de palo, y que el Pan eucarístico nunca es mas venerado que cuando es llevado en cestillas de mimbres, por haber repartido todo el oro y plata del santuario con los necesitados. ¡Quién pudiera mostrárosle corriendo por todos los pueblos de su diócesis, como un rio que lleva consigo la abundancia á todos los países; ó como el Salvador, que inundaba con los beneficios de su misericordia todos los lugares, por donde pasaba; *pertransiit benefaciendo* (1).

(1) *Actor. c. 10. v. 33.*

Sobre todo el zelo por la gloria de Dios le devoraba, como á un Profeta. ¿Qué obispo se vió tan ocupado como él en los intereses de sus ovejas? Aquí catequizaba á los rudos, allí instruía á los catecúmenos, mas allá hacia observar la vida comun á su clero. Infatigable en las funciones de su apostolado, ¿qué no trabajó por quitar las malas costumbres que habian quedado en su país como restos del gentilismo? Su voz victoriosa, acostumbrada á derribar los cedros del Libano, pudo arrancar de raíz todos estos abusos. ¡Qué vigilancia sobre toda edad y todo sexo! Cesan los escándalos, el vicio avergonzado huye de él, la malicia enmudece, y la ciudad de su residencia parece un grande monasterio, donde toda especie de personas se ocupa en servir á Dios. Dios mismo le proporcionó ántes de morir las mejores ocasiones de ejercitar su desinterés, su misericordia y su zelo. Dias desgraciados, ¡qué espectáculo ofrecéis en la historia! Un diluvio de vándalos aportó de repente al África, é inundó aquel continente con sus innumerables batallones: la tierra tiembla bajo sus piés: la edad mas tierna, el sexo mas frágil, el valor mas heróico, todo es pasado por el filo de la espada, á fin de caer sobre Hipona y de sitiaria. ¡Qué consternacion para todos, excepto Agustino! Entónces, semejante al buen pastor, que resuelve dar la vida por sus ovejas, se encierra voluntariamente en aquella ciudad: allí procura el socorro á los sitiados, la curacion á los heridos, y anima á los sanos á defender la Religion de sus padres, mas aún que sus muros, parecido á la sal, que preserva de la corrupcion todos los cuerpos: *vos estis sal terræ.*

Pero Dios habia resuelto que todo cediese al vencedor, y queria ahorrar á san Agustin, como á Júdas Macabeo, el dolor de ver los males de su pueblo y las aflicciones de los santos (1). Así despues de una penitencia tan austera, de una piedad tan sólida y de una caridad tan singular, con que habia edificado la tierra, ay! qué sucede? Yo no os diré que murió, porque tan grandes hombres nunca mueren: su cuerpo va al sepulcro, su espíritu vuela á recibir la recompensa de su mérito; pero su memoria, dice el Profeta, será eterna entre nosotros: *in memoria æterna erit justus* (2). Cuando yo veo despues de su muerte formarse con sus preceptos tanta multitud de órdenes religio-

(1) *I. Machab. c. 3. v. 59.* (2) *Psalm 111. v. 7.*

sos, se me figura un fénix, de cuyas cenizas han salido, no uno, sino innumerables Agustinos. Conservád, hijos dichosos, el espíritu y el corazón de vuestro padre : hacéd que en un siglo, tan ciego y tan corrompido como el nuestro, sean vuestros claustros la escuela de todas las ciencias y el asilo de todas las virtudes, para que siendo perpetuos herederos de sus luces y de sus ejemplos, participéis de su incomparable mérito sobre la tierra, y de su indecible recompensa en el cielo. Amen.

## SERMON

### DEL PADRE SAN AGUSTIN.

(DE ARMAÑÁ.)

*Vos estis lux mundi .. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus qui in domo sunt. Matth. v.*

Vosotros sois la luz del mundo..., y no encienden una vela, para ponerla bajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbre á todos los de la casa.

*S. Mateo, c. 5. v. 14 y 15.*

No esperéis hoy de mí, amados oyentes, discursos elevados, ideas sublimes, pomposas cláusulas, ni otro de aquellos primores, que creyéndose propios de los panegíricos, se granjean á un tiempo el gusto y el aplauso del auditorio. Cuando yo fuera capaz de tanto, no me lo permitiría ni mi carácter, ni esta sagrada cátedra, ni la santa sencillez de la doctrina evangélica, ni aún el objeto mismo del panegírico, el que con su doctrina y ejemplo mostró á los prelados y á todos los ministros de la divina palabra, cuánto deben evitar en su ministerio semejantes adornos, por mas que se celebren en los oradores del siglo. Nadie pues espere hoy de esta cátedra de verdad adornos de la que se llama elegancia, sino expresiones de afecto. Esta es verdaderamente la ocasion, en que debe hablar mas el corazón que la lengua, cuando he de ponderar las glorias de mi dulcísimo padre; de aquel padre y maestro, que tomé por seguro norte para el camino del cielo; de aquel, de quien hago y siempre haré gloria de ser fiel discípulo.

Pero no por esto debéis temer que la pasión me haga exceder en los elogios, fingiendo glorias, ó abultando méritos en el objeto amado. Puedo decir lo que san Gregorio Niseno predicando del grande Basilio: *no por ser el testimonio doméstico, dejará de ser verdadero.* Es tanta la grandeza del héroe, que